

La revista ha preferido presentar por el momento abundancia de material en detrimento quizá de un análisis profundo. La mayoría de los autores se limitan en sus breves comentarios a situar el material reseñado en su contexto intelectual y a presentar algún punto de especial relevancia, redondeando la reseña con alguna idea propia. Así pues, el lector no hallará en este número un examen detallado y crítico de las obras reseñadas o un foro para discutir hipótesis controvertidas.

Valeriano Bellosta von Colbe

SUSAN SCHALLER, *Un hombre sin palabras*, Madrid, Anaya & Muchnik, 1993. Traducido por José Manuel Álvarez Flórez y Ángela Pérez.

El tema central de este libro, que está a caballo entre el relato y el reportaje, es el descubrimiento por parte de la autora de la posibilidad de enseñar a un adulto lo que es el lenguaje. Schaller no es ni lingüista ni psicóloga, y —como ha escrito Carol Padden— «explora cuestiones de tipo filosófico sobre lenguaje y pensamiento». Schaller pretende haber enseñado el lenguaje a un hombre que ya se comunicaba por medio de gestos con su hermano sordo. De todas formas el caso de Ildfonso es un tanto insólito por haber llegado a la edad adulta sin haber adquirido un lenguaje. La condición socio-económica del protagonista, Ildfonso, le ha impedido, hasta conocer a Susan, el acceso al idioma gestual propio de los sordomudos americanos. Esta es la causa de su desconocimiento casi total de lo que es el mundo y de su profunda marginación.

Lo más sorprendente de todo, incluso más que la posibilidad de adquisición del lenguaje en edad adulta que mantiene la autora, es la posibilidad de la existencia de un pensamiento sin lenguaje. Esta ha sido desde siempre, por lo menos desde la Ilustración, una cuestión muy discutida: si para pensar es necesario poseer la facultad del lenguaje. El caso de Ildfonso muestra que en un estado supuestamente

gülfístico, es posible elaborar una serie de ideas y pensamientos más o menos vagos. Ildfonso ha sido capaz de asimilar y entender cuestiones del mundo antes de aprender la lengua de los sordos. ¿Hay pensamiento en un estadio prelingüístico? El caso del protagonista parece demostrar que no puede hablarse de una vida interior plena mientras no hay lenguaje. En esas condiciones no puede recibirse información ni conocer los pensamientos e ideas de los demás más allá de un nivel muy elemental. Es imposible también la noción de ideas compartidas y su estructuración. Como dice Susan Schaller: «El lenguaje influye y determina hasta cierto punto nuestra percepción e interpretación del mundo» (114).

Schaller emplea una concepción del lenguaje no del todo adecuada. Habla en repetidas ocasiones de «el primer lenguaje» o de «un lenguaje», aunque el lenguaje es la capacidad que tenemos los humanos para la adquisición de diferentes idiomas, y no un idioma determinado. La misma definición la maneja Oliver Sacks en la cubierta del libro. El protagonista necesita un largo y duro aprendizaje hasta llegar a expresarse más o menos correctamente. Unas palabras de Bertrand Russell que la autora cita ilustran perfectamente los sentimientos de Ildfonso a lo largo del penoso proceso: «[incluso los medios más arduos son gozosos] si el fin se desea ardientemente. Un chico se afanará loma arriba con un trineo por unos breves momentos de dicha durante el descenso. Nadie tiene que instarle a ser diligente; por mucho que jadee y resuelle es feliz» (72). Estas palabras son una buena explicación de la actitud de Ildfonso ante los nuevos descubrimientos. Si bien el aprendizaje es lento y las ideas que llega a recibir escasas, todo le parece mejor que la incomunicación a la que estaba condenado antes. Como el niño del ejemplo de Russell, Ildfonso prefiere subir las difíciles cuestas del aprendizaje aunque el resultado obtenido tras el esfuerzo sea mínimo.

Tal vez, como Susan Schaller señala, el tipo de enseñanza que la autora ensaya con el alumno «se parecía mucho más a lo que hacía

Sócrates con sus compañeros que a lo que suele ocurrir en un aula», porque en realidad parece casi imposible enseñar a un adulto sordo con los métodos tradicionales. Hasta el siglo XVI no se intentó la educación de los sordomudos. España fue pionera con Ponce de León en esa tarea y en cuatro siglos se ha avanzado mucho. Estamos ya lejos de la creencia greco-romana de que los sordomudos eran incapaces de recibir educación, o de la idea medieval que consideraba que el sordomudo estaba embrujado o poseído.

Schaller demuestra con Ildelfonso que para un pleno desarrollo del ser humano es necesaria la adquisición del lenguaje, aunque no es imprescindible que ese lenguaje sea del tipo al que los hablantes estamos acostumbrados. Insistir en enseñar a hablar (tal y como nosotros lo entendemos) y a entender por el movimiento de los labios a un niño sordo, normalmente no lleva más que a palabras bruscas y a un entendimiento escaso. Sería más aconsejable dedicar todo ese tiempo a enseñar al niño el lenguaje de señas, que es una forma de expresión tan válida y legítima como la oral. Esta es la vía más accesible para llevarlos al más alto nivel de pensamiento, olvidándonos del intento de hacerlos partícipes de «nuestro lenguaje» como medio de comunicación. Susan Schaller menciona cómo en una escuela jamaicana para niños sordos, el lenguaje por señas estaba prohibido «porque los profesores creían que las señas obstaculizaban el aprendizaje del habla y la lectura de los labios» (119).

Otro de los aspectos humanos que nos hace ver el libro es la relación que existe entre la experiencia del alumno sordo y su interés por aprender (abría que ver si se da el mismo fenómeno entre los niños no-sordos). Según varios profesores, el conocimiento preciso de un mundo exterior y las relaciones estrechas con él potencian el deseo del alumno por aprender más. Y al contrario, los que han permanecido aislados desde corta edad muestran un interés menor por cualquier estímulo exterior.

Schaller sostiene infundadamente que no es posible aprender una lengua de forma aislada (una lengua muerta por ejemplo). No podremos llegar a hablar el latín que hablaba Cicerón (es imposible desde el momento en que no tenemos acceso a ningún documento sonoro de la época), pero sí que es posible alcanzar un nivel suficiente como para llegar a comunicarse con otro estudioso del latín.

El mensaje de este libro no es muy optimista. Denuncia el desconocimiento general sobre el mundo de los sordos. Son seres extraños para la mayoría de nosotros. Todavía no sabemos si una persona que permanece aislada hasta la adolescencia o madurez puede llegar a adquirir la sintaxis (el léxico es más fácil de memorizar) propia de una persona adulta. Tal vez la obra hubiera sido más interesante escrita por Ildelfonso (además de un gran logro). Hubiera sido fascinante leer el relato de una persona que ha pasado del vacío prelingüístico al lenguaje gestual. Pero desgraciadamente, por mucho que sus conocimientos hayan mejorado, no parece que sea capaz de algo así.

Ainhoa Larrafiaga